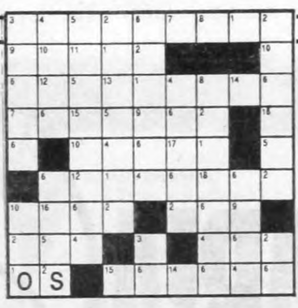
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MIERCOLES



¿DONDE TE GUSTARIA ESTAR?

Página/2/3



Verano/12

FUTBOL

Por Juan Panno

—¿Quién es ése que saludaste?
—Floreado.
—¿Quién?
—Floreado —repitió el tipo sin mirar la trompa de oso hormiguero que puso la mujer como fugaz síntesis de desconcierto. Le duró poco porque le preocupaba mucho más descubrir dónde se podía conseguir un pullover abrigado y barato para la nena que una de estas noches refresca y se me pesca una pulmonía, la nena que se había soltado, vení para acá Rocío, en el medio de la masa bronceada que había sacado pasaje de ida y vuelta al perro por la 1.

A las nueve y veinte de la noche, un ratito antes de la grande a la piedra en el boliche de la 3 o los spaghetti carbonada en Doña Teresa la familia tipo cumplía el itinerario tipo sin novedad: 1 hasta el fondo, 1 hasta la playa, su ruta. La nena estaba más entusiasmada con los comequesos electrónicos que con el pullover y el nene quería, en orden de importancia: una vincha de Batman, un revólver, un helado de crema del cielo o aunque sea un chicle Bazooka. El padre tipo quería llegar lo antes posible a una silla porque en una desas sentado —creía— se le podía pasar ese dolor en el tobillo, "ta que lo tiró que ya no estoy para estos trotes".

Floreado, el lungo canoso de bigotes negros, cejas espesas y camisa blanca que ya se había salido del ángulo de visión, había sido el que se la puso larga, justita para que el tipo, Azul que le decían, tocara de zurda antes de que saliera Arquero y en el momento en que lo cruzaba Marrón, que se la había dado "justito aquí, en el tobillo y no sé para qué mierda juegan estos tipos con zapatillas en la playa".

—¿Qué decís, viejo?
—Nada.
—¿Qué te pasa en la pierna?
—Nada. ¿Por?
—Porque casi no podés caminar.
—Nada, un golpecito, esta tarde, en la playa, ya se me va a pasar.

Golpecito las pelotas se dijo y decí que Floreado la hizo de goma y decí que Celeste era un fenómeno y que ganamos porque, modestamente, uno hizo lo suyo, rebobinó un par de pisadas a la orilla y el gol del 8 a 7 cuando la tocó así de costado como a esa chapita de Coca-Cola que sin que se diera cuenta se había vuelto caño, por entre las piernas de la gordita de pantalones de ciclista negros y ahí le volvió el pinchazo que ponía en peligro el picado de mañana a las seis de la tarde cuando la arena, mansa y plana se entrega a la comunidad futbolera. Ellos, sabía el tipo, son una cofradía de gordiflacos viejijóvenes tronquicraks que se identifican con guiñadas cómplices, puteadas o alientos en tiempo de descuento. Los reúnen adoquines desparejos, postes hechos con madera de árbol cruzado, balcones traicioneros, goles perdidos, sueños desperezados. Son bultos que acomoda el viaje sin tiempo alrededor de un universo de goma, plástico, papel o cuero.

Ahí adentro, en ese rectángulo de líneas de víboras que trazan las olas que se van y las sombrillas que se demoran, ellos son los Azul, Floreado, Rayitas, Marrón y a lo sumo, por un ratito hasta que vuelvan al medio, porque "Golsalgo", podrá ser Arquero.

Son, aparentemente, simples colores, diseños de pantaloncitos de baños, anónimos personajes que no saben nada del otro más que lo indispensable.

—Chau Azul —pasó apurado por la peatonal hacia abajo, colgado de una rubia huesuda un petiso retacón de barba, todo vestido de negro que el tipo identificó enseguida: era Celeste.
—¿Y ése quién es? —preguntó la mujer.
—Un amigo —dijo el tipo y no dio más explicaciones.

LECTURAS

¿DONDE TE GUSTARIA ESTAR?

Esta historia forma parte de la Antología de la Bienal de Arte Joven que se realizó el año pasado en Buenos Aires

Por Lilian Neuman

El Citroen rojo avanza lento, dando saltos por el empedrado. Cecilia va en el asiento de atrás, más alto que el de adelante. Mira por la ventanilla, tiene las manos agarradas entre las piernas algo abiertas, apenas tapadas por el vestido.

Delante de ella, Lucio maneja. A la derecha de Lucio, despatarrado en el asiento, Diego mira su reloj pulsera. A mitad de cuadra, junto a la puerta de una casa, cuelga un farol. Diego acerca la muñeca a la ventanilla.

—Hace como media hora que salimos de tu casa —vuelve la cabeza hacia ella—. Elegiste un lindo barrio para mudarte —Cecilia sigue mirando por el vidrio—. ¿A qué hora te lo tenés que encontrar? Porque a este paso creo que vamos a llegar al centro, con suerte, mañana a la...

Lo interrumpe un sacudón. Lucio ha desviado de golpe para esquivar un pozo.

—Muy cosmopolita —comenta Lucio retomando otra vez la dirección—, una zona muy cosmopolita. Cerrá la ventanilla —le indica a Diego—, me pareció ver pasar una flecha.

Diego mira de reojo a Cecilia, luego hace una seña a Lucio y, del bolsillo de su pantalón, deja asomar un papel blanco. Al verlo, Lucio parece a punto de reír, pero hace un esfuerzo y se pone serio. Diego guarda el papel y se vuelve hacia Cecilia, que tiene en la mano un pañuelo muy grande, hecho un bollo.

—No vas a sacar esa basura delante de él, ¿no? ¿No tenés otro pañuelo?

Detrás del sonido de su nariz —una chorrera abundante— Cecilia emite un gruñido como respuesta.

—¿Qué dijiste? —Diego mira ahora a Lucio—. ¿Qué dijo?

Lucio se encoge de hombros.

—Buuummmññññrrgg —dice.

La carrocería se sacude, los tres dan un salto hasta casi tocar el techo.

—Mierda. ¿Cómo no lo vi?

Cecilia regresa a la posición anterior, con el pañuelo entre las manos y los ojos puestos en la ventanilla. La cuadra siguiente es igualmente oscura, pero ahora el Citroen parece deslizarse mejor.

—Asfalto —Lucio da unas palmadas a la cabina—. Tranquila "Lucía", parece que ya pasó lo peor —Se vuelve Diego—. ¿Saldremos por acá a Avenida San Martín?

—Yo creo que sí, si por acá ya está asfaltado...

—Sí, puede que en la cuadra que viene ya se haya inventado la brújula, y después en la otra la pólvora.

—¿Sabés? —el tono de Diego es vivaz—, justo hoy leí en *Crónica* que se violaron una mina por acá, por esta zona.

—¿Ah sí? —pregunta Lucio interesado.

—Sí —Diego echa una rápida mirada a Cecilia—, y temprano, a las ocho de la noche. Son una banda, hace un montón que están en el barrio y no los pueden agarrar: "Los sátiros de la perinola".

—Ah, sí —asiente Lucio—, oí hablar—. Por el espejo ve a Cecilia que mira su pañuelo, luego vuelve a mirar por el vidrio.

—¿Viste cómo hacen? —sigue Diego—. Los tipos ven a una mina, se le acercan y la invitan a jugar un partido de perinola, después de un rato, cuando la mina está de lo más entretenida, se la violan.

—¿Suspenden el partido? —pregunta Lucio muy grave—. ¿Por lo menos la dejan ganar?

—No creo —Diego menea la cabeza—. Pobres... Las víctimas suelen ser chicas del interior.

—Ahá.

—Bajitas, en general de pelo corto.

—Si es posible con vestido minifalda.

Un grito muy fuerte y nasal llega desde el asiento de atrás:

—¿La quieren parar?

—Y bueno —le dice Lucio, ella se suena la nariz—. ¿Quién te manda a mudarte por acá? —ahora habla con voz finita—. "Es cerquita, no es lejos, van a encontrar la casa enseguida". Y encima sin teléfono —exclama con su voz normal—. Te llega a agarrar el sátiro y ¿cómo avisás?

—Lucio, la terminás —está colorada—. ¿Se creen que me lo voy a creer?

Se quedan en silencio. Lucio se lleva una mano al estómago, haciendo una mueca de malestar. Llegan a una avenida ancha, leen el cartel: Avenida San Martín.

—Por fin —Lucio dobla por ahí, lentamente, detiene el auto un momento y aplaude.

—La tecnificación —grita Diego aplaudiendo también.

—Estes —dice Lucio mientras arranca— tengo entendido que es la zona del sátiro del balero.

—¡Lucio!

—Y bueno, nena, me tengo que divertir. Encima que te fuimos a buscar, te esperamos una hora y media para que decidas qué ponerte.

—Y no había, por supuesto, un carajo para comer. ¡Ah! Perdón —exclama Diego solemne—, galletitas con queso. ¿Te dijimos alguna vez que ya estamos hartos de tus galletitas con queso? —Lucio frunce la nariz y la boca. Cecilia parece no prestar atención, está intentando acomodar las piernas apretadas por el asiento de adelante, donde va Lucio.

—¿No podés adelantar un poco esto? ¿Qué le pasa a este auto hoy? —Levanta la pierna derecha y se mira la rodilla—. No —grita—, se me agujereó. Se me agujereó. —Mueve la cabeza desconsolada—. ¿Por qué me tiene que pasar, por qué me tuve que poner medias? Vos —apunta a Diego con el dedo—, vos me dijiste que me pusiera medias.

—Queda muy bien una mina con medias, oculta la celulitis.

Lucio se ríe, aún conserva una mueca de asco:

—Qué puto, un día terminás puto.

—Con lo bien que me va con las mujeres, lo voy a pensar. —Se vuelve a Cecilia que está tratando de ocultar el agujero de algún modo—. Pero, oíme —le habla muy serio—, ¿vas al cadalso o a encontrarte con un tipo? —Se dirige a Lucio—. Parece que la llevamos a la horca.

Lucio con una mano se hace presión en el estómago, mira a Cecilia por el espejo.

—¿A qué hora quedaste en encontrarte?

—No me lo tengo que encontrar.

Los dos se vuelven hacia ella.

—Quiero decir que sí quedé en verlo ahí, a ninguna hora, él me dijo que yo fuera, que él está ahí.

—¿Cuál es el bar? —pregunta Lucio.

—Te lo tenés que encontrar entonces —dice Diego.

—Pregunté cuál es el bar.

—No es lo mismo.

—¿Por qué no?

—El va a estar ahí, aunque yo no vaya—. Su voz suena apagada. —No es que va para verme a mí, él va a estar ahí.

Lucio detiene el auto en la esquina, a la derecha hay una plazoleta.

—¿Qué pasa? —Diego lo mira, Lucio parece concentrado en algo, con la cabeza baja.

—Nada —arranca otra vez—. Quería vomitar pero se me pasó.

—¿Qué comiste? Las galletitas con queso en lo de ésta. —Lucio asiente—. ¿Ves que ya está harto él también?

—Anda nervioso —dice Cecilia muy seria—, cuando Lucio anda nervioso vomita. ¿No ves lo flaco que está? Está tenso todo el tiempo y vomita todo—. Las últimas palabras las ha dicho con la nariz completamente taponada.

—Sonate la nariz y cerrá el pico —le ordena Lucio secamente.

Siguen tres cuadras sin hablar, se detienen en un semáforo.

—¿Dónde queda el bar?—. Lucio se cruza de brazos. —Si no me dicen dónde queda no sé para dónde ir.

—No me acuerdo del nombre —Diego se vuelve a Cecilia—, vos tampoco, ¿no?

Es por Corrientes y Rodríguez Peña —se interrumpe ante la mirada de Diego, algo desorbitada—. No me acuerdo del nombre, pero cuando lo vea me acuerdo —agrega tímidamente.

—Cuando lleguemos al Cid Campeador agarrá Díaz Vélez.

Lucio estira los brazos y, hasta donde puede, las piernas.

—Decime, Cecilia —la mira por el espejo—, este nuevo amor tuyo, ¿también es actor?

—Sí —una nueva mirada de Diego la hace titubear—. Trabaja poco... no trabaja mucho.

—Cambió el semáforo —indica Diego.

—Ahá —Lucio sigue mirándola por el espejo—. Ahá.

—El semáforo.

Lucio se vuelve a Diego que, muy serio, mira hacia adelante.

—Gordo boludo. Gordo re-boludo. ¿Me querés hacer entrar a Pernambuco? ¿Te pensabas que no me iba a dar cuenta? Pernambuco. ¡Puaaaajjjj!

—Lucio —Cecilia se inclina hacia él—. No te queremos hacer...

El chistido de Lucio la vuelve a su lugar:

—Silencio la de atrás. Ese boliche de la farándula. ¿Cómo todavía no lo incendiaron? Yo sabía, yo sabía que no tenía que salir de mi casa —le da unas palmadas a la cabina—. Tranquila, "Lucía", ya volvemos.

—Hace más de un mes que no salís de tu casa —le grita Diego—. Dejate de joder.

Lucio sigue acariciando la cabina en la parte de la radio, donde en realidad está sólo el hueco. Diego le da vuelta la cara bruscamente, se pone a mirar por la ventanilla. Desde atrás se oye la voz de Cecilia, muy suave:

—¿Nos vamos a quedar toda la noche acá?

Lucio asiente en forma reiterada.

—Muy bien —pone la primera y arranca en velocidad—, no hay ningún problema. Los voy a dejar en la puerta y me voy a mi casa de una vez.

—Yo sola no quiero ir.

—Vas con éste. Le decís a tu novio que vino sólo la tía Eulogia, que al tío Patilludo se lo presentás otro día.

—¿Que voy a hacer yo si ella se tiene que encontrar con el tipo?

—Lo siento, hubiera quedado en encontrarse en una lechería. Pernambuco... vomito.

—En tu vida vas a trabajar de actor —Lucio no le contesta, cruza la bocacalle sin mirar a los costados—. A él —sigue Diego— los productores lo van a buscar a su casa, la vieja los entretiene con el café con leche mientras él en el baño vomita. En tu vida —le repite decidido—, en tu vida vas a trabajar de actor.

—No me importa, yo no quiero ser actor.

—¿No? —Diego y Cecilia se miran.

—No.

Llegan al Cid Campeador.

—Te lo vas a perder —Diego mira hacia arriba—. Van unas mujeres ahí —se vuelve a Lucio—. ¿Vos no querés ir por la modelo aquella que te cagó? No va más ahí, hace mucho.

—¿Qué me importa esa hipócrita?

—Pero van unas mujeres.

—Unas hipócritas.

—Gracias —dice Cecilia.

—Vos no —le contesta Lucio—, vos no sos una mujer.

—¿Por qué no te morís?

Están junto a la rotonda del Cid, Lucio va más despacio.

—Sos una mujer —rectifica Diego— pero no tenés lo malo de las mujeres, no sos dañina. Además hoy estás lindísima —mira a Lucio—. ¿Viste cómo se arregló?

Lucio asiente.

—Me quiero sacar las medias.

—Che —Diego mira hacia afuera—, ¿no estamos dando la vuelta en redondo?

—Ya ni sé para dónde tengo que ir. ¿Cuál es Díaz Vélez?

—Ya la pasaste —dice ella.

—La de atrás —Lucio habla en voz baja, a Diego—, es del interior y se cree la Guía Peuser—. Acelera, da toda la vuelta y por fin entran a Díaz Vélez. —¿Y quién es este novio de ahora, che? ¿Marcelo Marcote?

¿DONDE TE GUSTARIA ESTAR?

Esta historia forma parte de la Antología de la Bienal de Arte Joven que se realizó el año pasado en Buenos Aires

Por Lilian Neuman

El Citroen rojo avanza lento, dando saltos por el empedrado. Cecilia va en el asiento de atrás, más alto que el de adelante. Mira por la ventanilla, tiene las manos agarradas entre las piernas algo abiertas, apenas tapadas por el vestido.

Delante de ella, Lucio maneja. A la derecha de Lucio, despatarrado en el asiento, Diego mira su reloj pulsera. A mitad de cuadra, junto a la puerta de una casa, cuelga un farol. Diego acerca la muñeca a la ventanilla.

—Hace como media hora que salimos de tu casa —vuelve la cabeza hacia ella—. Elegiste un lindo barrio para mudarte —Cecilia sigue mirando por el vidrio—. ¿A qué hora te lo tenés que encontrar? Porque a este paso creo que vamos a llegar al centro, con suerte, mañana a la...

Lo interrumpe un sacudón. Lucio ha desviado de golpe para esquivar un pozo.

—Muy cosmopolita —comenta Lucio retomando otra vez la dirección—, una zona muy cosmopolita. Cerrá la ventanilla —le indica a Diego—, me pareció ver pasar una flecha.

Diego mira de reojo a Cecilia, luego hace una seña a Lucio y, del bolsillo de su pantalón, deja asomar un papel blanco. Al verlo, Lucio parece a punto de reír, pero hace un esfuerzo y se pone serio. Diego guarda el papel y se vuelve hacia Cecilia, que tiene en la mano un pañuelo muy grande, hecho un bollo.

—No vas a sacar esa basura delante de él, ¿no? ¿No tenés otro pañuelo?

Detrás del sonido de su nariz —una chorrera abundante— Cecilia emite un gruñido como respuesta.

—¿Qué dijiste? —Diego mira ahora a Lucio—. ¿Qué dijo?

Lucio se encoge de hombros.

—Buuummmññññrrgg —dice.

La carrocería se sacude, los tres dan un salto hasta casi tocar el techo.

—Mierda. ¿Cómo no lo vi?

Cecilia regresa a la posición anterior, con el pañuelo entre las manos y los ojos puestos en la ventanilla. La cuadra siguiente es igualmente oscura, pero ahora el Citroen parece deslizarse mejor.

—Asfalto —Lucio da unas palmadas a la cabina—. Tranquila "Lucia", parece que ya pasó lo peor —Se vuelve Diego—. ¿Saldremos por acá a Avenida San Martín?

—Yo creo que sí, si por acá ya está asfaltado...

—Sí, puede que en la cuadra que viene ya se haya inventado la brújula, y después en la otra la pólvora.

—¿Sabés? —el tono de Diego es vivaz—, justo hoy leí en *Crónica* que se violaron una mina por acá, por esta zona.

—¿Ah sí? —pregunta Lucio interesado.

—Sí —Diego echa una rápida mirada a Cecilia—, y temprano, a las ocho de la noche. Son una banda, hace un montón que están en el barrio y no los pueden agarrar: "Los sátiros de la perinola".

—Ah, sí —asiente Lucio—, oí hablar—. Por el espejo ve a Cecilia que mira su pañuelo, luego vuelve a mirar por el vidrio.

—¿Viste cómo hacen? —sigue Diego—. Los tipos ven a una mina, se le acercan y la invitan a jugar un partido de perinola, después de un rato, cuando la mina está de lo más entrentenida, se la violan.

—¿Suspenden el partido? —pregunta Lucio muy grave—. ¿Por lo menos la dejan ganar?

—No creo —Diego menea la cabeza—. Pobres... Las víctimas suelen ser chicas del interior.

—Ahá.

—Bajitas, en general de pelo corto.

—Si es posible con vestido minifalda.

Un grito muy fuerte y nasal llega desde el asiento de atrás:

—¿La quieren parar?

—Y bueno —le dice Lucio, ella se suena la nariz—. ¿Quién te manda a mudarte por acá? —ahora habla con voz finita—. "Es cerquita, no es lejos, van a encontrar la casa enseguida". Y encima sin teléfono —exclama con su voz normal—. Te llega a agarrar el sátiro y ¿cómo avisás?

—Lucio, la terminás —está colorada—. ¿Se creen que me lo voy a creer?

Se quedan en silencio. Lucio se lleva una mano al estómago, haciendo una mueca de malestar. Llegan a una avenida ancha, leen el cartel: Avenida San Martín.

—Por fin —Lucio dobla por ahí, lentamente, detiene el auto un momento y aplaude.

—La tecnificación —grita Diego aplaudiendo también.

—Esta —dice Lucio mientras arranca— tengo entendido que es la zona del sátiro del balero.

—¡Lucio!

—Y bueno, nena, me tengo que divertir. Encima que te fuimos a buscar, te esperamos una hora y media para que decidas qué ponerte.

—Y no había, por supuesto, un carajo para comer. ¡Ah! Perdón —exclama Diego solemne—, galletitas con queso. ¿Te dijimos alguna vez que ya estamos hartos de tus galletitas con queso? —Lucio frunce la nariz y la boca. Cecilia parece no prestar atención, está intentando acomodar las piernas apretadas por el asiento de adelante, donde va Lucio.

—¿No podés adelantar un poco esto? ¿Qué le pasa a este auto hoy? —Levanta la pierna derecha y se mira la rodilla—. No —grita—, se me agujereó. Se me agujereó. —Mueve la cabeza desconsolada—. ¿Por qué me tiene que pasar, por qué me tuve que poner medias? Vos —apunta a Diego con el dedo—, vos me dijiste que me pusiera medias.

—Queda muy bien una mina con medias, oculta la celulitis.

Lucio se ríe, aún conserva una mueca de asco:

—Qué puto, un día terminás puto.

—Con lo bien que me va con las mujeres, lo voy a pensar. —Se vuelve a Cecilia que está tratando de ocultar el agujero de algún modo—. Pero, oíme —le habla muy serio—, ¿vas al cadalso o a encontrarte con un tipo? —Se dirige a Lucio—. Parece que la llevamos a la horca.

Lucio con una mano se hace presión en el estómago, mira a Cecilia por el espejo.

—¿A qué hora quedaste en encontrarte?

—No me lo tengo que encontrar.

Los dos se vuelven hacia ella.

—Quiero decir que sí quedé en verlo ahí, a ninguna hora, él me dijo que yo fuera, que él está ahí.

—¿Cuál es el bar? —pregunta Lucio.

—Te lo tenés que encontrar entonces —dice Diego.

—Pregunté cuál es el bar.

—No es lo mismo.

—¿Por qué no?

—El va a estar ahí, aunque yo no vaya—. Su voz suena apagada. —No es que va para verme a mí, él va a estar ahí.

Lucio detiene el auto en la esquina, a la derecha hay una plazoleta.

—¿Qué pasa? —Diego lo mira, Lucio parece concentrado en algo, con la cabeza baja.

—Nada —arranca otra vez—. Quería vomitar pero se me pasó.

—¿Qué comiste? Las galletitas con queso en lo de ésta. —Lucio asiente—. ¿Ves que ya está harto él también?

—Anda nervioso —dice Cecilia muy seria—, cuando Lucio anda nervioso vomita. ¿No ves lo flaco que está? Está tenso todo el tiempo y vomita todo—. Las últimas palabras las ha dicho con la nariz completamente taponada.

—Sonate la nariz y cerrá el pico —le ordena Lucio secamente.

Siguen tres cuadras sin hablar, se detienen en un semáforo.

—¿Dónde queda el bar?—. Lucio se cruza de brazos. —Si no me dicen dónde queda no sé para dónde ir.

—No me acuerdo del nombre —Diego se vuelve a Cecilia—, vos tampoco, ¿no?

Es por Corrientes y Rodríguez Peña —se interrumpe ante la mirada de Diego, algo desorbitada—. No me acuerdo del nombre, pero cuando lo vea me acuerdo —agrega tímidamente.

—Cuando lleguemos al Cid Campeador agarrá Díaz Vélez.

Lucio estira los brazos y, hasta donde puede, las piernas.

—Decime, Cecilia —la mira por el espejo—, este nuevo amor tuyo, ¿también es actor?

—Sí —una nueva mirada de Diego la hace titubear—. Trabaja poco... no trabaja mucho.

—Cambió el semáforo —indica Diego.

—Ahá —Lucio sigue mirándola por el espejo—. Ahá.

—El semáforo.

Lucio se vuelve a Diego que, muy serio, mira hacia adelante.

—Gordo boludo. Gordo re-boludo. ¿Me querés hacer entrar a Pernambuco? ¿Te pensabas que no me iba a dar cuenta? Pernambuco. ¡Puaaaajjjj!

—Lucio —Cecilia se inclina hacia él—. No te queremos hacer...

El chistido de Lucio la vuelve a su lugar:

—Silencio la de atrás. Ese boliche de la farándula. ¿Cómo todavía no lo incendiaron? Yo sabía, yo sabía que no tenía que salir de mi casa —le da unas palmadas a la cabina—. Tranquila, "Lucia", ya volvemos.

—Hace más de un mes que no salís de tu casa —le grita Diego—. Dejate de joder.

Lucio sigue acariciando la cabina en la parte de la radio, donde en realidad está sólo el hueco. Diego le da vuelta la cara bruscamente, se pone a mirar por la ventanilla. Desde atrás se oye la voz de Cecilia, muy suave:

—¿Nos vamos a quedar toda la noche acá?

Lucio asiente en forma reiterada.

—Muy bien —pone la primera y arranca en velocidad—, no hay ningún problema. Los voy a dejar en la puerta y me voy a mi casa de una vez.

—Yo sola no quiero ir.

—Vas con éste. Le decís a tu novio que vino sólo la tía Eulogia, que al tío Patilludo se lo presentás otro día.

—¿Que voy a hacer yo si ella se tiene que encontrar con el tipo?

—Lo siento, hubiera quedado en encontrarse en una lechería. Pernambuco... vomito.

—En tu vida vas a trabajar de actor —Lucio no le contesta, cruza la bocacalle sin mirar a los costados—. A él —sigue Diego— los productores lo van a buscar a su casa, la vieja los entretiene con el café con leche mientras él en el baño vomita. En tu vida —le repite decidido—, en tu vida vas a trabajar de actor.

—No me importa, yo no quiero ser actor.

—¿No? —Diego y Cecilia se miran.

—No.

Llegan al Cid Campeador.

—Te lo vas a perder —Diego mira hacia arriba—. Van unas mujeres ahí —se vuelve a Lucio—. ¿Vos no querés ir por la modelo aquella que te cagó? No va más ahí, hace mucho.

—¿Qué me importa esa hipócrita?

—Pero van unas mujeres.

—Unas hipócritas.

—Gracias —dice Cecilia.

—Vos no —le contesta Lucio—, vos no sos una mujer.

—¿Por qué no te morís?

Están junto a la rotonda del Cid, Lucio va más despacio.

—Sos una mujer —rectifica Diego— pero no tenés lo malo de las mujeres, no sos dañina. Además hoy estás lindísima —mira a Lucio—. ¿Viste cómo se arregló?

Lucio asiente.

—Me quiero sacar las medias.

—Che —Diego mira hacia afuera—, ¿no estamos dando la vuelta en redondo?

—Ya ni sé para dónde tengo que ir. ¿Cuál es Díaz Vélez?

—Ya la pasaste —dice ella.

—La de atrás —Lucio habla en voz baja, a Diego—, es del interior y se cree la Guía Peuser—. Acelera, da toda la vuelta y por fin entran a Díaz Vélez. —¿Y quién es este novio de ahora, che? ¿Marcelo Marcote?

—Alfredo —dice ella.

—Alfredo, Alfredo. Alfredo de la Pirucha, Alfredo de la Bedova, el galán de los hogares.

—¿Sabés quién es el candidato? —pregunta Diego riendo.

—Diego —suplica ella.

—¿Quién?

—Alfredo Rotundo —Diego lanza una carcajada ahogada. Los ojos de Lucio se agrandan, disminuye la velocidad.

—¿El de la papa en la boca? ¿En serio? —Diego asiente, muerto de risa—. ¡Estás loca! ¿Ese forrazo te está esperando en Pernambuco?

—No hables así de él —dice Diego—, es el nuevo galán argentino.

—¿Pero no era puto?

Cecilia se revuelve en el asiento.

—Creo que es mejor no ir.

—Cómo no vas a ir —Diego le da un pequeño pellizcón en el brazo—. Con lo linda que estás.

—¿Te vas a perder el nuevo galán argentino?

—Dejala, a vos nadie te dijo nada cuando andabas detrás de la modelo.

Se quedan en silencio. Diego le hace una seña a Lucio y éste mira a Cecilia por el espejo. Al cabo de un momento le habla.

—Che, ¿no le escribiste ningún poema todavía? —Cecilia le devuelve una mueca de disgusto—. ¿Sabe que sos escritora? —Ella mira por el vidrio—. En serio —le insiste—, no me digas que todavía no le escribiste un poema.

—Dejame en paz.

—Hablo en serio.

—Dejame en paz.

—Yo —Diego empieza a hurgar dentro de su bolsillo— tengo algo que te puede servir—. Saca el papel. —Es un poema inédito, la autora es muy interesante.

—Ah sí, la autora inglesa, le va a interesar.

—Tuvo una vida muy trágica, el amor de su vida terminó atragantado con una espina.

—Leéselo, le va a interesar.

Cecilia mira por la ventanilla, más adelante se ven los faroles del Parque Centenario.

Resopla fastidiada.

—Ya no sé si quiero ir.

—Oí —Diego empieza a leer—. "Ojos que siempre intentan derretirse. ¿Cuánto tiempo más vas a insistir..." —Cecilia se ha erguido en el asiento— "...en convertirte en frágil —sigue leyendo Diego con dificultad— emoción pa... pura?"

—Diego —grita ella—. ¿De dónde sacaste eso?

—Ya te dijo, es un inédito.

—"...pura y solamente..." —sigue leyendo.

—Diego. ¿De dónde lo sacaste? ¡No! ¡Me lo sacaste de la mesa!

—Lo tenías ahí, entre un corpiño y la Hepatalgina.

—Sos una basura.

—¡Epa!

Cecilia se estira hacia el papel.

—Pará, dejame leerlo.

—Dámelo.

—Dejámelo leer. Si nunca mostrás lo que escribís.

—Dámelo ya.

—No grites, querés. Voy a chocar.

—No seas bestia —le grita Diego, forcejeando con ella que finalmente consigue arrancárselo de la mano.

—Pará el auto. —Lucio no le contesta—. Pará que me voy a bajar. ¡Lucio!

—¿Estás loca?

—Lucio pará —le grita ahora en el oído, sacudiéndole un brazo cada vez más fuerte.

El Citroen da un zig-zag, Lucio se pasa el otro carril y termina frenando de trompa frente al Parque Centenario. Cecilia se baja, da un portazo que hace cimbrar la carrocería y sube a la vereda.

—Bestia —le grita Lucio.

Ella está delante del auto:

—Muéranse. Muéranse de una vez.

Lucio enciende los focos, apuntando a Cecilia. Es ése el único lugar del parque ahora iluminado, el resto se ve enorme y oscuro.

—Apagá eso, idiota —ella se hace pantalla con la mano—. Váyanse de acá. —Amaga irse, la voz de Diego la detiene:

—Nunca mostrás lo que escribís. Nosotros sólo queríamos leer lo que escribís.

—Vení de una vez —grita Lucio.

—No hay ningún colectivo para tu casa, de verdad —Diego habla cada vez más suavemente—, queremos leer tu poema.

—No es un poema, nene, es prosa poética.

—Nunca leí prosa poética —dice Lucio. Mira a Cecilia de pie, frente a ellos. —Cuento hasta cinco —le grita— y venís. — La observa con atención: el vestido azul, corto, con una gran flor de muchos colores pintada en la parte delantera. Lejos, detrás de ella, se ven las luces que iluminan el lago. Lucio recorre con el dedo índice los bordes del parabrisas. —Mirá qué buena toma de cine. Bueno —le grita a ella—, cinco. Vení.

Cecilia, ocupando el centro de la pantalla, mira hacia su derecha, a lo lejos.

—Se hace tarde —dice Diego. Ella parece no escuchar.

—Dejala —Lucio habla bien fuerte—, dejala que ella quiere hacer su escena —apaga las luces, todo queda en penumbra. —¡Luz... cámara... acción!

Al encender, Cecilia está diciendo algo.

—No se escucha —le grita Lucio—. Más voz y más relajada, por favor.

—La concha de tu madre —dice ella.

—Se ve a las claras que es escritora —comenta Diego.

—Mejor, pero ahora va de nuevo. Repetición de toma —apaga.

Al encender de nuevo, Cecilia levanta el papel, lenta y reconcentradamente lo va rompiendo en muchos pedazos.

—No, tarada —le grita Diego.

Ella da media vuelta, se aleja lentamente, con paso corto, en dirección al lago central. Lucio la ve perderse en la oscuridad.

—Estuvo bien —murmura.

Diego abre el techo corredizo, se pone de pie y saca la cabeza por ahí.

—¡Alfonsina! —le grita—. Al agua no, no te arrojes al agua. ¿Qué poemas nuevos vas a buscar? Volvé. Alfonsinaaaaa —hace una pausa para tomar aire—, ¡Ceciliaaaaa!

—Pará de gritar.

Diego se queda un momento de pie, finalmente se deja caer con fuerza en el asiento.

—Despacio.

—Me cago —dice Diego.

—No chillés, por favor.

—Me cago en su sucep, suscec, tep... ¿cómo es?

Lucio se entretiene en deslizar el dedo por el volante, lentamente, da un tramo, lo detiene, sigue.

—Susceptibilidad —contesta sin mirarlo.

Diego cierra el techo de un saque; Lucio se vuelve hacia él: —¿Todos quieren romperme la Lucieta hoy?

Diego se desliza hacia abajo, hasta quedar con la cabeza apoyada en el respaldo y las rodillas enganchadas en la cabina.

—Toda la nocha acá, ya me veo, con las mujeres que van a Pernambuco.

Lucio mira a través del parabrisas, achicando los ojos.

—¿Donde se metió? Es una inconsciente, se mete en cualquier lado. Vamos a bucarla.

Diego se incorpora con desgano y mira por el vidrio.

—No se ve —dice.

—Vamos —insiste Lucio muy grave—, a ver si le pasa algo. Siempre hay que estar vigilándola. —Abre la puerta, antes de salir agarra del pelo a Diego—. Cuidado cómo cerrás —le advierte mostrándole los dientes.

Bajan. Lucio es una cabeza más alto que Diego, que ahora camina adelante con paso corto. Lucio se detiene a estirarse el pantalón, blanco, muy ancho. Lleva un saco muy ancho también, rayado celeste y blanco. Diego lo mira:

—Estás muy flaco.

Se internan entre los árboles, el parque está iluminado por algún farol cada tanto. Caminan mirando hacia todos lados.

—Debe estar en el lago —dice Lucio—, sentada en el borde, seguro.

—Nena —grita Diego y su voz se oye muy clara—, somos nosotros, el tío y la tía. Salí del escondite. ¿Ya hiciste pipí y popó?

—Está en el lago, seguro. Estoy seguro.

Lejos se ven algunos patos. La superficie del lago refleja luces blancas. Cecilia está muy quieta, sentada en el borde con las piernas flexionadas entre los brazos, la mirada fija en el agua.

Varios metros detrás, sentados en un banco, están Diego y Lucio.

—Andá vos ahora —dice Lucio—. Yo ya estoy podrido.

Diego resopla, se pone de pie y camina con desgano hasta la orilla. Se para detrás de ella, duda un momento, luego habla:

—¿Hay pique?

La espalda de Cecilia no se mueve ni un milímetro, ni siquiera se nota el movimiento de la respiración. Diego se da media vuelta y emprende el regreso hasta donde está Lucio.

—Yo ya no sé qué hacer —dice—, no se me ocurre nada más.

—Caprichosa de mierda.

Diego suspira, camina otra vez hacia allí. En el trayecto se entretiene pateando una piedrita.

—No vamos a llegar a ver a tu novio.

La cabeza de Cecilia se mueve en forma negativa.

—Ya no me importa.

—Pero, ¿cómo? Tan ilusionada que estabas.

—Dije —su voz suena mucho más congestionada que antes— que ya no me importa.

Lucio está parado junto a Diego.

—Vamos al auto —dice a Cecilia muy enérgico.

—Váyanse —tiene la nariz completamente taponada.

Diego le hace un gesto de reprobación a Lucio.

—Ceci —intenta Lucio más suave—, te vas a resfriar acá —Diego le da un codazo—. No, bueno, te vas a resfriar más, y esa agua está contaminada, te vas a enfermar.

—Todo en esta ciudad está "condamidado".

Lucio mira hacia arriba, alzando los brazos, luego los dos se miran un momento. Diego le hace un cabezazo señalando a Cecilia e inmediatamente se abalanzan sobre ella, cada uno la agarra de un brazo hasta ponerla de pie.

—Al auto —grita Diego—. Basta.

—Suéltenme —Cecilia forcejea, va a decir algo más pero se lleva la mano a la nariz—. Ay, el pañuelo.

Lucio le mete la mano en el bolsillo.

—No lo tenés.

—Lo perdí —casi no puede hablar—, lo perdí.

Diego, con la mano libre, saca de su bolsillo un pañuelo y se lo lleva a la nariz.

—Sonate. Sonate maula.

En el mismo esfuerzo que hace para limpiarse, le empiezan a caer lágrimas. Diego la abraza, Cecilia hunde su cara en el hombro de él.

Lucio está cruzado de brazos, mira hacia otro lado. Al cabo de un momento, sin volverse, lleva su mano a la cabeza de Cecilia que, aunque sin emitir sonido, parece llorar con mayor intensidad. Diego la lleva hasta el banco. Los tres se sientan ahí.

Una brisa muy suave agita las hojas, algunas luces del parque han sido apagadas.

Lucio tiene la cabeza reclinada en el respaldo y los ojos cerrados.

—No me acuerdo si cerré bien la Lucieta. —Respira hondo, su voz ha sonado más grave y relajada.

Diego está sentado en el otro extremo, cruzado de brazos y con la mirada puesta en algún punto del suelo. Sentada entre los dos, Cecilia se despeja la cara. Diego frunce el entrecejo:

—Podría haber ido yo solo a Pernambuco. ¿Por qué no fui? ¿Me estaré volviendo ermitaño yo también.

—Yo no soy ermitaño —dice Lucio—. Estoy bien en mi casa.

—¿Estará la rubia? —Diego parece más animado—. Está tan buena... Bah... ¿Qué sé yo si me dará bola? Son tan especiales las mujeres. ¿Por qué son tan dañinas? —Se vuelve a Cecilia. —No entiendo por qué no quisiste ir, hoy a la mañana estabas tan enamorada.

—Seguro que estaba enamorada. Esa es la mejor parte del amor, cuando me enamoro.

—¿Qué?

—Por ahí ni se acordaba de que hoy me dijo de encontrarnos, o llego y está con otra, o lo conozco más y es un imbécil y tengo que hacer fuerza para que me siga gustando. —Se le endurece el entrecejo. —No quiero desilusionar. Además —agrega encogiéndose de hombros—, es un actor conocido, le debe encantar tener varias ahí esperándolo.

Lucio abre los ojos y la mira de costado.

—¿Recién te das cuenta de lo que es un actor?

Ella piensa un momento.

—Cierto, si con vos tuve suficiente para darme cuenta.

Diego ríe divertido, Lucio vuelve a cerrar los ojos.

—Siempre lo dije —murmura Lucio—: Detrás de esa carita de ángel tiene siempre el cuchillo preparado.

—¿Por qué no se ponen de novios otra vez ustedes dos? —Diego sigue riendo, paulatinamente se va poniendo serio. Los mira de pronto. —Yo digo: ¿Será que para ser grandes actores nos va a tener que ir para la mierda en el amor toda la vida?

La brisa se vuelve más intensa.

Lucio mira hacia arriba, la copa del árbol. Se queda con los ojos allí, en las hojas que se mueven, después pasea la mirada a su alrededor, baja al suelo, mira a lo lejos: Detrás del lago los árboles se ven muy oscuros. Ahora Lucio apoya la cabeza en el respaldo y se tapa los ojos con las manos.

—A veces mis ojos son una cámara —ríe despacio. —¿Dónde me gustaría estar? —Cecilia lo mira. Con la cara tapada, él sigue hablando: —Lucio, no querés estar acá, bueno, pero entonces: ¿dónde te gustaría estar?

Diego tiene las cejas levantadas.

—A mí siempre me gustaría estar en otro lado —dice.

—A mí también —agrega Cecilia—, en muchos lados.

A Diego se le va dibujando una sonrisa:

—Qué bárbaro. Me estoy haciendo la lista de los lugares en donde me gustaría estar y ya soy más feliz.

—Estoy sintiendo frío.

—Vamos.

—Sí, vamos.

Caminan en dirección al auto. Cecilia va adelante, balanceando los brazos.

—Hay una pizzería por acá —dice Diego—, muy buena.

Lucio ríe de costado:

—Ya sé cuál es. ¿Te acordás, Cecilia? Ahí te metí una patada por debajo de la mesa. —Se vuelve a Diego. —Podemos ir, ¿no?

—Yo tengo hambre.

—Yo también —dice Cecilia adelante.

—Vos no —dice Lucio—, vos no vas a comer nada, vas a mirar cómo comemos nosotros, en castigo por la noche que nos hiciste pasar.

—Andá a cagar —le contesta ella balanceando los brazos a mayor altura, como si estuviese por despegar.

—Se te ve la bombacha —le grita Diego.

—Es un camionero.

Se meten entre los árboles, está muy oscuro. Se oye primero la voz de Diego:

—Es una cloaca.

—Una obrera portuaria —dice Lucio.

—Un taladro.

Las voces se van perdiendo en la oscuridad.

—Un osobuco.

—Una gallina.

—Un mamotreto.

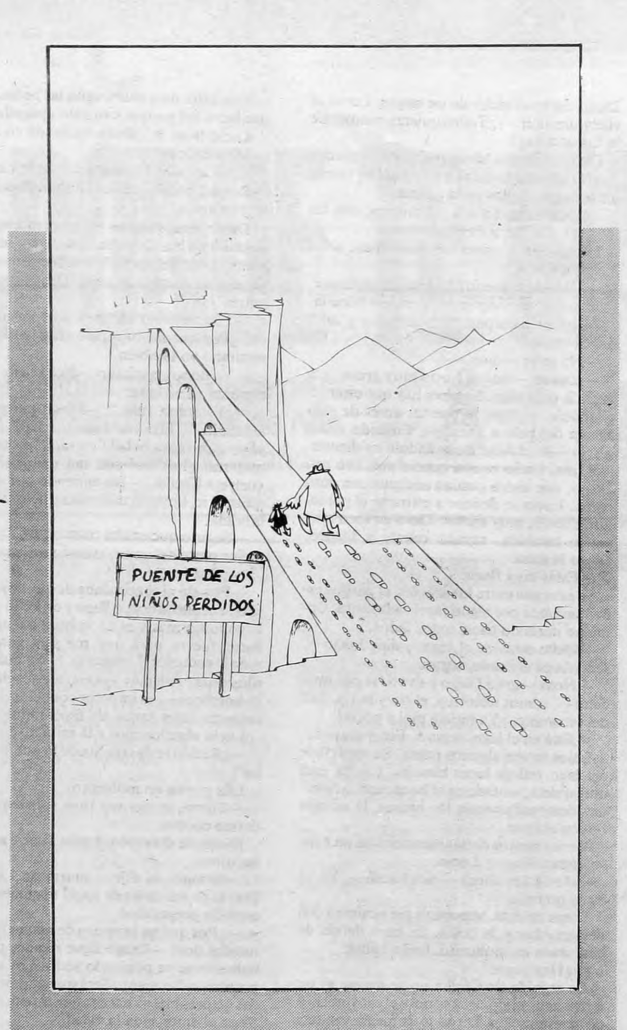


—Alfredo —dice ella.
—Alfredo, Alfredo. Alfredo de la Pirucha, Alfredo de la Bedova, el galán de los hogares.
—¿Sabés quién es el candidato? —pregunta Diego riendo.
—Diego —suplica ella.
—¿Quién?
—Alfredo Rotundo —Diego lanza una carcajada ahogada. Los ojos de Lucio se agrandan, disminuye la velocidad.
—¿El de la papa en la boca? ¿En serio? —Diego asiente, muerto de risa—. ¡Estás loca! ¿Ese forrazo te está esperando en Pernambuco?
—No hables así de él —dice Diego—, es el nuevo galán argentino.
—¿Pero no era puto?
Cecilia se revuelve en el asiento.
—Creo que es mejor no ir.
—Cómo no vas a ir —Diego le da un pequeño pellizcón en el brazo—. Con lo linda que estás.
—¿Te vas a perder el nuevo galán argentino?
—Dejala, a vos nadie te dijo nada cuando andabas detrás de la modelo.
Se quedan en silencio. Diego le hace una seña a Lucio y éste mira a Cecilia por el espejo. Al cabo de un momento le habla.
—Che, ¿no le escribiste ningún poema todavía? —Cecilia le devuelve una mueca de disgusto—. ¿Sabe que sos escritora? —Ella mira por el vidrio—. En serio —le insiste—, no me digas que todavía no le escribiste un poema.
—Dejame en paz.
—Hablo en serio.
—Dejame en paz.
—Yo —Diego empieza a hurgar dentro de su bolsillo— tengo algo que te puede servir—. Saca el papel. —Es un poema inédito, la autora es muy interesante.
—Ah sí, la autora inglesa, le va a interesar.
—Tuvo una vida muy trágica, el amor de su vida terminó atragantado con una espina.
—Leéselo, le va a interesar.
Cecilia mira por la ventanilla, más adelante se ven los faroles del Parque Centenario.

Resopla fastidiada.
—Ya no sé si quiero ir.
—Oí —Diego empieza a leer—. "Ojos que siempre intentan derretirse. ¿Cuánto tiempo más vas a insistir..." —Cecilia se ha erguido en el asiento— "...en convertirte en frágil —sigue leyendo Diego con dificultad— emoción pa... pura?"
—Diego —grita ella—. ¿De dónde sacaste eso?
—Ya te dijo, es un inédito.
—"...pura y solamente..." —sigue leyendo.
—Diego. ¿De dónde lo sacaste? ¡No! ¡Me lo sacaste de la mesa!
—Lo tenías ahí, entre un corpiño y la Hepatalgina.
—Sos una basura.
—¡Epa!
Cecilia se estira hacia el papel.
—Pará, dejame leerlo.
—Dámelo.
—Dejámelo leer. Si nunca mostrás lo que escribís.
—Dámelo ya.
—No grites, querés. Voy a chocar.
—No seas bestia —le grita Diego, forcejeando con ella que finalmente consigue arrancárselo de la mano.
—Pará el auto. —Lucio no le contesta—. Pará que me voy a bajar. ¡Lucio!
—¿Estás loca?
—Lucio pará —le grita ahora en el oido, sacudiéndole un brazo cada vez más fuerte.
El Citroen da un zig-zag, Lucio se pasa el otro carril y termina frenando de trompa frente al Parque Centenario. Cecilia se baja, da un portazo que hace cimbrar la carrocería y sube a la vereda.
—Bestia —le grita Lucio.
Ella está delante del auto:
—Muéranse. Muéranse de una vez.
Lucio enciende los focos, apuntando a Cecilia. Es ése el único lugar del parque ahora iluminado, el resto se ve enorme y oscuro.
—Apagá eso, idiota —ella se hace pantalla con la mano—. Váyanse de acá. —Amaga irse, la voz de Diego la detiene:
—Nunca mostrás lo que escribís. Nosotros sólo queríamos leer lo que escribís.
—Vení de una vez —grita Lucio.
—No hay ningún colectivo para tu casa, de verdad —Diego habla cada vez más suavemente—, queremos leer tu poema.
—No es un poema, nene, es prosa poética.
—Nunca leí prosa poética —dice Lucio. Mira a Cecilia de pie, frente a ellos. —Cuento hasta cinco —le grita— y venís. —La observa con atención: el vestido azul, corto, con una gran flor de muchos colores pintada en la parte delantera. Lejos, detrás de ella, se ven las luces que iluminan el lago. Lucio recorre con el dedo índice los bordes del parabrisas. —Mirá qué buena toma de cine. Bueno —le grita a ella—, cinco. Vení.
Cecilia, ocupando el centro de la pantalla, mira hacia su derecha, a lo lejos.
—Se hace tarde —dice Diego. Ella parece no escuchar.
—Dejala —Lucio habla bien fuerte—, dejala que ella quiere hacer su escena —apaga las luces, todo queda en penumbra. —¡Luz... cámara... acción!
Al encender, Cecilia está diciendo algo.
—No se escucha —le grita Lucio—. Más voz y más relajada, por favor.
—La concha de tu madre —dice ella.
—Se ve a las claras que es escritora —comenta Diego.
—Mejor, pero ahora va de nuevo. Repetición de toma —apaga.
Al encender de nuevo, Cecilia levanta el papel, lenta y reconcentradamente lo va rompiendo en muchos pedazos.
—No, tarada —le grita Diego.
Ella da media vuelta, se aleja lentamente, con paso corto, en dirección al lago central. Lucio la ve perderse en la oscuridad.
—Estuvo bien —murmura.
Diego abre el techo corredizo, se pone de pie y saca la cabeza por ahí.
—¡Alfonsina! —le grita—. Al agua no, no te arrojes al agua. ¿Qué poemas nuevos vas a buscar? Volvé. Alfonsinaaaaa —hace una pausa para tomar aire—, ¡Ceciliaaaaa!
—Pará de gritar.
Diego se queda un momento de pie, finalmente se deja caer con fuerza en el asiento.
—Despacio.
—Me cago —dice Diego.
—No chillés, por favor.
—Me cago en su sucep, suscec, tep... ¿cómo es?
Lucio se entretiene en deslizar el dedo por el volante, lentamente, da un tramo, lo detiene, sigue.
—Susceptibilidad —contesta sin mirarlo.

Diego cierra el techo de un saque; Lucio se vuelve hacia él: —¿Todos quieren romperme la Lucieta hoy?
Diego se desliza hacia abajo, hasta quedar con la cabeza apoyada en el respaldo y las rodillas enganchadas en la cabina.
—Toda la nocha acá, ya me veo, con las mujeres que van a Pernambuco.
Lucio mira a través del parabrisas, achicando los ojos.
—¿Donde se metió? Es una inconsciente, se mete en cualquier lado. Vamos a bucarla.
Diego se incorpora con desgano y mira por el vidrio.
—No se ve —dice.
—Vamos —insiste Lucio muy grave—, a ver si le pasa algo. Siempre hay que estar vigilándola. —Abre la puerta, antes de salir agarra del pelo a Diego—. Cuidado cómo cerrás —le advierte mostrándole los dientes.
Bajan. Lucio es una cabeza más alto que Diego, que ahora camina adelante con paso corto. Lucio se detiene a estirarse el pantalón, blanco, muy ancho. Lleva un saco muy ancho también, rayado celeste y blanco. Diego lo mira:
—Estás muy flaco.
Se internan entre los árboles, el parque está iluminado por algún farol cada tanto. Caminan mirando hacia todos lados.
—Debe estar en el lago —dice Lucio—, sentada en el borde, seguro.
—Nena —grita Diego y su voz se oye muy clara—, somos nosotros, el tío y la tía. Salí del escondite. ¿Ya hiciste pipí y popó?
—Está en el lago, seguro. Estoy seguro.
Lejos se ven algunos patos. La superficie del lago refleja luces blancas. Cecilia está muy quieta, sentada en el borde con las piernas flexionadas entre los brazos, la mirada fija en el agua.
Varios metros detrás, sentados en un banco, están Diego y Lucio.
—Andá vos ahora —dice Lucio—. Yo ya estoy podrido.
Diego resopla, se pone de pie y camina con desgano hasta la orilla. Se para detrás de ella, duda un momento, luego habla:
—¿Hay pique?
La espalda de Cecilia no se mueve ni un milímetro, ni siquiera se nota el movimiento de la respiración. Diego se da media vuelta y emprende el regreso hasta donde está Lucio.
—Yo ya no sé qué hacer —dice—, no se me ocurre nada más.
—Caprichosa de mierda.
Diego suspira, camina otra vez hacia allí. En el trayecto se entretiene pateando una piedrita.
—No vamos a llegar a ver a tu novio.
La cabeza de Cecilia se mueve en forma negativa.
—Ya no me importa.
—Pero, ¿cómo? Tan ilusionada que estabas.
—Dije —su voz suena mucho más congestionada que antes— que ya no me importa.
Lucio está parado junto a Diego.
—Vamos al auto —dice a Cecilia muy enérgico.
—Váyanse —tiene la nariz completamente taponada.
Diego le hace un gesto de reprobación a Lucio.
—Ceci —intenta Lucio más suave—, te vas a resfriar acá —Diego le da un codazo—. No, bueno, te vas a resfriar más, y esa agua está contaminada, te vas a enfermar.
—Todo en esta ciudad está "condamidado".
Lucio mira hacia arriba, alzando los brazos, luego los dos se miran un momento. Diego le hace un cabezazo señalando a Cecilia e inmediatamente se abalanzan sobre ella, cada uno la agarra de un brazo hasta ponerla de pie.
—Al auto —grita Diego—. Basta.
—Suéltenme —Cecilia forcejea, va a decir algo más pero se lleva la mano a la nariz—. Ay, el pañuelo.
Lucio le mete la mano en el bolsillo.
—No lo tenés.
—Lo perdí —casi no puede hablar—, lo perdí.
Diego, con la mano libre, saca de su bolsillo un pañuelo y se lo lleva a la nariz.
—Sonate. Sonate maula.
En el mismo esfuerzo que hace para limpiarse, le empiezan a caer lágrimas. Diego la abraza, Cecilia hunde su cara en el hombro de él.
Lucio está cruzado de brazos, mira hacia otro lado. Al cabo de un momento, sin volverse, lleva su mano a la cabeza de Cecilia que, aunque sin emitir sonido, parece llorar con mayor intensidad. Diego la lleva hasta el banco. Los tres se sientan ahí.

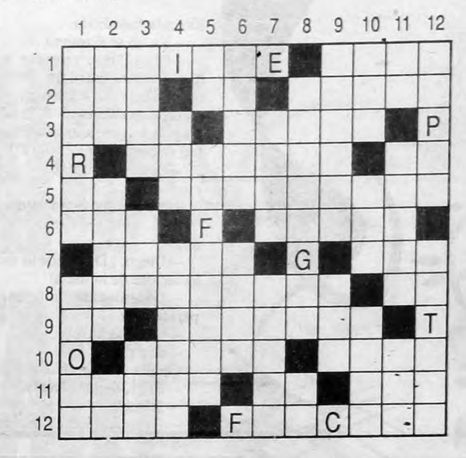
Una brisa muy suave agita las hojas, algunas luces del parque han sido apagadas.
Lucio tiene la cabeza reclinada en el respaldo y los ojos cerrados.
—No me acuerdo si cerré bien la Lucieta. —Respira hondo, su voz ha sonado más grave y relajada.
Diego está sentado en el otro extremo, cruzado de brazos y con la mirada puesta en algún punto del suelo. Sentada entre los dos, Cecilia se despeja la cara. Diego frunce el entrecejo:
—Podría haber ido yo solo a Pernambuco. ¿Por qué no fui? ¿Me estaré volviendo ermitaño yo también.
—Yo no soy ermitaño —dice Lucio—. Estoy bien en mi casa.
—¿Estará la rubia? —Diego parece más animado—. Está tan buena... Bah... ¿Qué sé yo si me dará bola? Son tan especiales las mujeres. ¿Por qué son tan dañinas? —Se vuelve a Cecilia. —No entiendo por qué no quisiste ir, hoy a la mañana estabas tan enamorada.
—Seguro que estaba enamorada. Esa es la mejor parte del amor, cuando me enamoro.
—¿Qué?
—Por ahí ni se acordaba de que hoy me dijo de encontrarnos, o llego y está con otra, o lo conozco más y es un imbécil y tengo que hacer fuerza para que me siga gustando. —Se le endurece el entrecejo. —No quiero desilusionar. Además —agrega encogiéndose de hombros—, es un actor conocido, le debe encantar tener varias ahí esperándolo.
Lucio abre los ojos y la mira de costado.
—¿Recién te das cuenta de lo que es un actor?
Ella piensa un momento.
—Cierto, si con vos tuve suficiente para darme cuenta.
Diego ríe divertido, Lucio vuelve a cerrar los ojos.
—Siempre lo dije —murmura Lucio—: Detrás de esa carita de ángel tiene siempre el cuchillo preparado.
—¿Por qué no se ponen de novios otra vez ustedes dos? —Diego sigue riendo, paulatinamente se va poniendo serio. Los mira de pronto. —Yo digo: ¿Será que para ser grandes actores nos va a tener que ir para la mierda en el amor toda la vida?
La brisa se vuelve más intensa.
Lucio mira hacia arriba, la copa del árbol. Se queda con los ojos allí, en las hojas que se mueven, después pasea la mirada a su alrededor, baja al suelo, mira a lo lejos: Detrás del lago los árboles se ven muy oscuros. Ahora Lucio apoya la cabeza en el respaldo y se tapa los ojos con las manos.
—A veces mis ojos son una cámara —ríe despacio. —¿Dónde me gustaría estar? —Cecilia lo mira. Con la cara tapada, él sigue hablando: —Lucio, no querés estar acá, bueno, pero entonces: ¿dónde te gustaría estar?
Diego tiene las cejas levantadas.
—A mí siempre me gustaría estar en otro lado —dice.
—A mí también —agrega Cecilia—, en muchos lados.
A Diego se le va dibujando una sonrisa:
—Qué bárbaro. Me estoy haciendo la lista de los lugares en donde me gustaría estar y ya soy más feliz.
—Estoy sintiendo frío.
—Vamos.
—Sí, vamos.
Caminan en dirección al auto. Cecilia va adelante, balanceando los brazos.
—Hay una pizzería por acá —dice Diego—, muy buena.
Lucio ríe de costado:
—Ya sé cuál es. ¿Te acordás, Cecilia? Ahí te metí una patada por debajo de la mesa. —Se vuelve a Diego. —Podemos ir, ¿no?
—Yo tengo hambre.
—Yo también —dice Cecilia adelante.
—Vos no —dice Lucio—, vos no vas a comer nada, vas a mirar cómo comemos nosotros, en castigo por la noche que nos hiciste pasar.
—Andá a cagar —le contesta ella balanceando los brazos a mayor altura, como si estuviese por despegar.
—Se te ve la bombacha —le grita Diego.
—Es un camionero.
Se meten entre los árboles, está muy oscuro. Se oye primero la voz de Diego:
—Es una cloaca.
—Una obrera portuaria —dice Lucio.
—Un taladro.
Las voces se van perdiendo en la oscuridad.
—Un osobuco.
—Una gallina.
—Un mamotreto.





CRUCIGRAMA

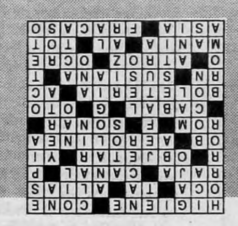
Por S. D. Greco



HORIZONTALES: 1. Limpieza, aseo./ Sobrino de Condorito. **2.** Ansar./ Tate./ Apodo. **3.** Soberano de la India./ Emisora de TV. **4.** Rebatir una opinión./ Río del Uruguay. **5.** Preposición inseparable: en virtud de./ Compañía de transporte aéreo. **6.** En informática, memoria que puede leerse./ Hacer estridencia una cosa. **7.** Ajustado, exacto./ Autillo. **8.** Taquilla de entradas./ Actinio. **9.** Radón./ Elam. **10.** Salvaje, cruel./ Tierra arcillosa amarillenta. **11.** Obsesión./ Contracción./ Dios egipcio de las letras. **12.** Uno de los continentes./ Mal resultado de un proyecto.

VERTICALES: 1. Espanto./ Chiste. **2.** Ciudad de Perú./ De boca grande./ Primero en su especie. **3.** División interior de algunas frutas./ Lo contrario al bien./ Ave trepadora centroamericana. **4.** Manto de los beduinos./ Animal. **5.** "..., el Extraterrestre"./ Lugar donde se desempeña un jefe. **6.** Salir del vientre materno./ Lastimado. **7.** Montaña de Grecia./ Formar rizos en el pelo. **8.** Similitud./ Artículo. **9.** Diario argentino./ Orificio del recto. **10.** Antiguo dialecto del norte de Francia./ Embarcación antigua./ Relación escrita de lo tratado en una junta. **11.** Sodio./ Tiesa de frío./ Chacó de fieltro. **12.** Agente secreto./ Composición musical para ocho instrumentos.

SOLUCION



SOPA DE POSTRES

Encuentre en la sopa siete palabras referidas al título, que se encuentran en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Como ayuda damos una palabra ya ubicada.

V	D	A	U	F	T	L	E	X	D
I	F	C	G	H	E	S	U	O	M
H	L	Ñ	S	W	Y	P	B	D	Q
A	A	I	C	B	M	Z	G	A	N
K	N	O	Y	F	F	Y	R	L	E
E	V	S	O	R	B	E	T	E	K
G	S	A	N	U	M	P	L	H	O
W	R	L	A	Q	Z	T	E	Ñ	X
I	B	L	H	D	F	Y	K	J	C
M	O	I	N	L	A	T	U	R	F
H	Y	T	X	A	P	U	Ñ	B	Q
F	T	A	R	T	A	C	V	R	D
Z	K	N	E	Y	T	I	S	G	W